

Don Agapito de la Mancha

Villahermosa, un domingo por la mañana cualquiera del año 2025.

La plaza del pueblo, que también se la conoce como de España, -lo cual llevaba a confusión a los carteros que no eran de la zona-, está despertando de una dura noche. Es pronto para los jóvenes que han sucumbido al sábado y también lo es para otros, no tan jóvenes, a los que les cuesta más reconocer que van perdiendo la edad para ciertos menesteres.

Uno de los dos bares que hay en la plaza, es más madrugador que el otro, llevándose por ello, los primeros clientes. Éstos, suelen ser un grupo de mujeres, septuagenarias como poco, casi todas viudas ya, que comienzan a unir mesas y mesas de la terraza del local. Al principio solamente es un murmullo, pero conforme las tropas de veteranas se van agrupando alrededor de las mesas, el murmullo se convierte en gritos de guerra ensordecedores.

- ¡Niño toma nota! -Grita Doña Gracia, antigua maestra de música, recordando con lo de la nota, el Do, Re, Mi que enseñaba en sus tiempos de enseñanza.

- ¡Que salga el camarero guapo! -Grita la señora Rosario. La pobre mujer lleva quince años viuda y todos los domingos se pone mala cuando coge el primer churro y se lo mete en la boca. -Me recuerda a mi Nemesio que en paz descanse, -dice con sonrisa maliciosa. - ¡Será por el olor a fritanga que soltaba el guarro! -responde Doña Carmen, comenzando una sonora carcajada de todo el grupo de mujeres cual hienas en celo.

Los camareros, parapetados en el interior del bar, están acojonados. Se miran unos a otros, deseosos todos de que salga algún voluntario de los cinco que son, a lidiar con las damiselas.

-Voy yo, -dice el único varón del grupo. El resto de compañeras le miran con absoluta admiración. - ¡Héroe! - ¡Guapo! -gritan todas al unísono.

Una de las compañeras del valiente camarero, que es un poco toca narices, señala con palpable verborrea, que el voluntario no lo es tal porque, de los cinco, él es el único varón y las clientas han pedido, expresamente, ese sexo.

Otra, que está coladita por el muchacho, pues piensa que el chico es un buen partido para ella, -ya que no tiene un solo empaste y casi ha terminado la ESO-, lo defiende usando una pequeña mentirijilla: -Esta mañana me ha dicho que se ha levantado sintiéndose mujer, así que está en las mismas condiciones que todas nosotras. - ¡Sola y borracha quiero llegar a casa! -Grita la menos agraciada del grupo. -No te preocupes Encarni que a ti no te acompaña a tu casa ni el perro pastor de Jacinto, -dice la misma toca narices de antes.

El pobre camarero, coge la tableta para apuntar las consumiciones y sale a enfrentarse con un enemigo que le gana en número y en edad, en mucha edad. -Venga chicas, decidme lo que queréis tomar. - ¡Nos ha dicho chicas! ¡Viva! ¡Que salude! ¡Que salude! -Gritan casi al unísono. - ¡Eso, que se desnude! ¡que se desnude! -dice la sorda del grupo.

-Si tuviera cincuenta años menos, verías tú, - dice Doña Filo. -Si tuvieras cincuenta años menos podrías ser su abuela, - asevera la más borde del grupo.

-Yo quiero un café con leche descafeinado de sobre y con sacarina. -Yo lo mismo, pero con azúcar normal, que puedo tomarla todavía. -Pues yo quiero un café con la leche fría. -Yo igual pero caliente, - ¿la leche? pregunta el camarero - No, el café. -A mí me pones lo mismo, pero en una taza, solo con agua y una bolsita de té verde, o rojo, me da igual. Bueno, mejor me pones una manzanilla, o un poleo. Lo que quieras niño. - ¡Eso María, las cosas claras! - dice la borde de antes.

Y es que la pobre María no se decidía nunca por nada. En su juventud la rondaba uno de Villanueva y otro de Fuenllana y la mujer, en el 2025 y con setenta y nueve años, todavía no sabía quien de los dos varones la iba a acompañar al altar. Lo que María desconocía era que, uno de esos pretendientes, emigró hacia 50 años a Alcalá de Henares y el otro más lejos aun, al cielo. La ingenua pensaba que no los veía ya porque un día, hace muchos años, les pidió tiempo y espacio para poder pensar.

Alejandro, el camarero, acaba de apuntar la comanda y abandona el campo de batalla. - ¡Comanda! -Grita el héroe de la mañana. - ¡Siete cafés con leche y una manzanilla! - Marchando.

Las señoras están ya mojando el churro cuando escuchan un atronador ruido proveniente de la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, -edificio emblemático del Campo de Montiel, claro ejemplo de la arquitectura modernista catalana-. Todo efímero habitante que se encuentra en la plaza, mira hacia hacia el lugar donde se ha producido el estruendo. ¡Es el párroco del pueblo! El pobre hombre ha salido corriendo de la iglesia como si le persiguiese un fantasma, -ayer hubo entierro- y se ha dado una buena hostia en el suelo, de esas que no están bendecidas.

Al ver quien es el protagonista del accidente, una de las señoras, la borde concretamente, dice con cariño: - ¡Qué se joda, que es infanteño! -Y todas siguen desayunando como si nada. El padre se levanta rauda y veloz comenzando a dar vueltas y vueltas por toda la plaza, a la par que grita con inusitada vehemencia:

- ¡Dios mío! ¡Han robado la Virgen! ¡Han robado la Virgen de la Carrasca!

Poco tarda la noticia en recorrer de norte a este y de sur a oeste el pueblo. Dos minutos y medio para ser exactos. Unos, lloran desconsolados por las calles. Otros, blasfeman al diablo con más ímpetu que la bocina de la furgoneta que vende pan y bollería casera por las calles de Villahermosa todas las mañanas.

- ¡Han sido los moros! - Grita Don Pelayo. -No pueden haber sido los moros, idiota. ¿No ves que el ladrón ha tenido que entrar en la iglesia para realizar el robo? De haber sido moro, se habría desintegrado. -Eso son los vampiros señora Juana. A los moros hay que matarlos con balas de plata. -Dice convencido el Sebas, que era experto en el tema porque no se perdía un programa de Cuarto Milenio.

Hubo dos que, encontrándose tomando unas cervezas en uno de los bares que había en la Avenida de Castilla la Mancha, que cruza el pueblo de este a oeste, decidieron fustigarse de alguna forma dolorosa. Como esa mañana salieron de casa sin saber que iba a desaparecer la Virgen, no llevaban encima látigos ni barras con púas con las que poder autolesionarse. Así que decidieron entregar en sacrificio lo que un calducho más quiere: la cerveza. Salieron entonces decididos del bar y se colocan en la acera, cara a la pared. En ese momento, comenzaron a desparramar la cerveza que les quedaba en las botellas y a gritar a todo pulmón: ¡Por la Carrasca! Rápidamente se le fueron uniendo el resto de la clientela, hasta hacer una hilera de personas que abarcaban no menos de cien metros. Se miraban unos a otros las botellas para ver quien llevaba botellín o tercio. El que más líquido echaba, presumía de ello gritando que era el que quería más a su Virgen. Los que habían salido a la ofrenda con la botella casi vacía, -que eran los que más-, la escondían entre sus piernas para que nadie viese la cantidad de cerveza que le quedaba.

¡Todo ese oro líquido tirado por el suelo! Algunos lloraban por la pérdida de su Virgen. Otros, -los que más-, por la cerveza. Y claro, todos los coches que cruzaban el pueblo en dirección a Infantes o Villanueva, veían a docenas, centenares de personas cara a la pared y echando líquido amarillo entre las piernas. - Guarros! ¿Es que no tenéis casa para mear? - ¡Depravados, dejad de mirárosla entre vosotros!

En cuanto llegó la noticia de la desaparición de la Virgen a los oídos de don Agapito, el hombre se indignó tanto que la cabeza se le fue algo más lejos de lo que ya estaba. A la edad de noventa y cinco años -hacía varios lustros que había enviudado- vivía en una casa que estaba en la misma plaza. Tenía un porte señorial, incluso caminando con el andador que le acompañaba en sus salidas callejeras. Pedrito, el mecánico del pueblo, -que en sus ratos libres ejercía de Registrador de la Propiedad en Infantes-, se lo tuneó poniéndole intermitentes a los lados. Lo hizo el día de Todos los Santos y quiso, por ello, hacerle una inocentada. Así que, cuando Don Agapito daba al botón para señalizar que iba a la izquierda, lo hacía a la derecha y viceversa. Siempre iba con chaqueta, fuese verano o invierno. Tenía un fino bigote blanco que le daba un aspecto más bien británico pese a que el hombre era más español que la sopa de ajo y el arroz con leche. Había sido guardia civil en los tiempos en los que los cuarteles todavía olían a heno de caballo.

Pues bien, fue escuchar la desaparición mariana y Don Agapito se dio cuenta de que tenía que hacer algo. ¡Y es que sería guardia civil y calducho hasta el último día de su vida! A decir verdad, tenía dos poderosas razones por las que debía resolver el asunto en cuestión: una era, al igual que el resto de sus conciudadanos, su amor incondicional a la Virgen de la Carrasca. La otra razón era que, hacía ya unos meses o algunos años, ya no recordaba, les hizo prometer a sus hijos y nietos que cuando muriese -que esperaba hacerlo muy pronto porque estaba ya hasta los cojones de los ruidosos conciertos de la plaza-, quería estar acompañado en la iglesia por su Virgen.

Así que, el hombre llevaba varios años queriéndose morir en verano, que era cuando la Virgen descansaba en la villa. Los últimos años, tras la Traída, Don Agapito comenzaba a jugarse la vida haciendo locuras que pudiesen entrañarle la muerte instantánea, -como

el *nesquik*-. No reciclaba la basura, sabedor de que había vecinos que controlaban los contenedores y si alguien no echaba el papel al azul, o el plástico al amarillo, le deseaban la muerte. En otra ocasión, se le ocurrió quitar la alfombra antideslizante de la bañera, para así desnucarse, pero como hacía unos años que se bañaba con palangana, tampoco funcionó. Incluso otro año fue a la piscina municipal y se bañó a las doce del mediodía, pensando que así moriría de hipotermia. Para entrar al agua, el socorrista le puso en la máquina que había para ayudar a personas con movilidad reducida. Conforme se iba sumergiendo despacio, Don Agapito levantaba el brazo derecho saludando a la concurrencia. Llegó un momento en el que todo su cuerpo se hundió bajo el agua. Durante unos instantes, únicamente se le veía en la superficie la mano cerrada con el pulgar extendido, en señal de aprobación, pues pensaba que, por fin, se moriría, aunque no fuese de frío, sino por ahogamiento. El socorrista, tuvo que tirarse a la piscina para salvar al hombre. Mientras, un joven, que seguro no era del pueblo, porque era un maleducado, gritaba: -*Sayonara baby*. Y es que, al muchacho le encantaba la película de *Terminator*.

Pero nada, no había Dios que lo matase. ¡Y si no había Virgen de la Carrasca presente no se podía morir! No podía permitir que el último acto de su vida fuese no cumplir un juramento. ¡Jamás! Así que, don Agapito, hizo lo único que sabía hacer un guardia civil en esos casos: echarse una cerveza, dormir una buena siesta e intentar ayudar.

Sacó de un viejo baúl que tenía en el palomar de su casa todo lo que le quedaba de su época en activo. Le habían desaparecido algunas cosas. Esa era la consecuencia de pequeños robos de sus nietos para disfrazarse en carnavales o irse a cazar gamusinos.

Don Agapito cogió unos pantalones de raya en medio y una guerrera con el tono de verde distinto en cada prenda, un cinturón con la hebilla del aguilucho del Ejército de Tierra, la caimanera, las trinchas y el tricornio. También se hizo con la recia capa que le había acompañado toda su carrera. La prenda la heredó de un veterano suyo que, al jubilarse, se la vendió por *media fanega de candeal y una arroba de vino para merendar*.

De su mesilla, debajo de los calzoncillos -allí nadie tocaría- sacó su vieja pistola *STAR BM*. Estaba metida en un calcetín de seda fina de color negro para disimular su forma. El arma fue inutilizada en Éibar cuando el guardia pasó a la reserva, pero todavía acojonaba un rato. El arma no, Éibar. En todos los años que estuvo de servicio jamás tuvo que usarla. Alguna que otra *guantá* con la mano abierta sí que tuvo que soltar. Así que pensó que con el respeto que daba el uniforme y las canas de su pelo, bastaría para aplacar los malos modos de cualquier idiota que se le cruzase en sus correrías.

La memoria y el buen discurrir se le habían empezado ya a perder al hombre en la década de los 90. Aun así, recordaba que, en su época, en la que el General Franco era todavía cabo tomatero, no podía quitarse el uniforme en todo el día. Ni para emparejarse con su Antonia tenía permiso para desprenderse del atavío. El único día que no cumplió fue en la noche de bodas: se desnudó entero, pero a última hora se lo pensó mejor y, por si le llamaba el Sargento para una urgencia, se puso el cinturón de cuero con las trinchas y la pistola colgando de la caimanera. Instantes después salió su flamante esposa del baño dispuesta a perder de nuevo lo que ya perdió haría tres años con uno de Fuenllana. - ¡Hay

¡Dios, me he casado con un sado de esos! -Y salió gritando la pobre muchacha por el patio del cuartel, corriendo a casa de sus padres.

Sería el primer y único correctivo que le metería un superior en todos sus años de servicio. El arresto domiciliario lo aprovechó para engendrar a las once de la mañana a su primogénito. Y es que, en la tele de entonces, por las mañanas solo ponían la carta de ajuste. Eso sí, a causa de la confusión de la noche de bodas, tuvo que convencer a su Antonia y a sus suegros que él era muy de derechas y no le iban los juegos *sadomoscovitas* esos.

Se vistió entonces con todo lo anteriormente mencionado, capa incluida, lo cual le venía bien para protegerse del frío que hacía en verano en el pueblo. Después, como si se tratara de la coronación del Rey de Inglaterra, se encastró el tricornio de charol con el barbuquejo bien colocado debajo de la barbilla.

Se puso unas zapatillas deportivas porque no tenía los zapatos de servicio. Los perdió hacía muchos años en una apuesta con el cura del pueblo. El guardia Agapito decía que, como buen calducho, era capaz de beberse un tercio de cerveza en diez segundos, con la tapa incluida. Le pusieron un plato con tres gambas que tenían más bigote que la cresta del casco de un gastador romano de los que desfilan en Semana Santa. Perdió los zapatos. Don Braulio, el cura, pidió que lo enterraran con ellos porque decía que eran de muy buena calidad.

Don Agapito enseguida se dio cuenta que debía fichar a un compañero de fatigas. Y es que, la guardia civil siempre trabajaba en pareja. El otro sería su conductor, pues hacía 12 años que le quitaron injustamente el carné de conducir por un pequeño accidente que tuvo: atropelló a cincuentaiséis corderos, propiedad del carnicero del pueblo, que iba pastoreando Jacinto el pastor. Los mató a todos. A Jacinto no. En su defensa alegó que pensaba que los pobres animales se estaban apartando del coche conforme pasaba junto a ellos. De aquello se acuerda todo el pueblo porque el carnicero no vendió cordero alguno hasta la Nochebuena del siguiente año.

Así que comenzó a hacer entrevistas de trabajo a posibles candidatos. Quería personas serias, respetadas. Gentes de armas.

Primero fue a visitar al director de la banda de música. La maltrecha cabeza del anciano le hizo pensar que, por ser el *jefe de la banda*, sería el malote del pueblo. La respuesta del señor director fue una explicación bonita y funcional a la par que sobria y elegante para así no herir los sentimientos del anciano: -Paso.

Luego pensó en el Gerardo, que por eso de que su bar estaba decorado con cabezas de toros de lidia muertos, -los quería poner vivos, pero su mujer pensó, que entonces no entraría clientela-, escudo del Real Madrid y multitud de cacerías, debía ser de *armas tomar*. El hombre le respondió que bastante tenía con su familia, que se había levantado sin recordar si tenía cuatro o cinco hijos. Que, para salir de dudas, le preguntó a su mujer por el número de retoños que había concebido hasta el momento y ella se enfadó, sin decirle el porqué del berrinche. Y a estas horas, su mujer seguía enfadada y él sin saber los hijos que tenía.

El siguiente candidato fue el señor alcalde de Villahermosa. Lo escogió porque en el pueblo siempre se había dicho de él, que era muy hombre, ya que de joven trabajó en la Cooperativa del Campo de Montiel y no perdió aceite nunca. -No me jodas Agapito, que quiero llegar a ser diputado en el Congreso y en mi partido está muy mal visto que ayudemos a la Iglesia. Pídeme otra cosa, lo que tú quieras, pero a la Virgen que la busque la oposición, que para eso está. - ¡Luego bien que pedirás la extremaunción! -Por si acaso, Agapito, por si acaso. -Bueno, pues entonces dame fondos del ayuntamiento para comenzar la investigación. Dietas, combustible, pago a confidentes. ¡Tú no sabes lo caro que sale investigar! - Pero ¿qué me estás pidiendo hombre de Dios? Este es un ayuntamiento serio, aquí solo damos dinero para fiestas y conciertos. ¡Viva la orquesta Panorama! -Y se fue corriendo.

Por último, pensó en Virgilio. Había tenido hacía años el otro bar de la plaza. Pensó en él porque, al hombre, no se le escapaba nadie sin pagar y si lo hacían, salía corriendo tras él con una navaja albaceteña de treinta centímetros, -que se la metía en los calzoncillos para disimularla-. El hombre había abierto otro local en las afueras del pueblo para quitarse del agobio del centro.

Allá que fue Don Agapito con su andador. Solo tardó tres horas en encontrarse en la puerta del bar. El local estaba lleno hasta la bandera -literalmente-, y es que, al fondo del local, había una bandera de la Corporación Romana de la que Virgilio era tesorero y gastador -pues todo el dinero que iba recogiendo se lo iba gastando-. Del mástil se había encaramado un señor muy menudo. El pobre no dejaba de gritar que, por favor, le sirvieran un tercio. Y es que el hombre no pasaba una cuarta del suelo y en la barra no se le veía.

Un grupo de muchachos, viendo que el local estaba lleno, se había metido con una mesa y cuatro sillas en el baño de mujeres, -que es lo único que suele estar casi siempre vacío en cualquier bar-. Eso sí, tuvieron el detalle de dejar para ellas el urinario de pie del aseo de hombres, con un cartel que rezaba: "Solo para mujeres".

Cuando Don Agapito fue capaz de llegar a la barra -media hora tardó en la conquista-, escuchaba como Virgilio le estaba explicando a un paisano que había dejado el bar de la plaza porque le daba mucho trabajo. Don Agapito frunció el ceño, se dio media vuelta y se marchó. No quería gente con mala cabeza a su lado.

Cansado y con el azúcar por las nubes, antes de entrar a su casa se dirige a la tienda de chuches de la plaza. El dueño, muchacho educado y servicial donde los haya -pues era andaluz- le invita a pasar. El anciano tienta al muchacho y no se anda por las ramas, -tampoco era un mono-. Sigue buscando un *hombre de armas*.

- ¿Sabes cazar? -No señor, no me gusta que los pobres animales sufran. ¿Un poco de jamón de bellota de mi pueblo? - ¿Pero no dices que no te gusta que sufran los animales? - ¡Pero hombre, la bellota no es un animal! -Bueno, si me das algo dulce que no tenga que masticar mucho te lo agradecería.

El chico, tras mirar alrededor lo que venderle al viejo, finalmente se decanta por un sobre de Peta Zetas. Don Agapito abre el sobre y se lo echa a la boca de golpe. Comienza

a salivar más que cuando veía a escondidas cómo su Antonia se depilaba los sobacos. - ¿Esto no será la burundanga esa no? -Que no leche, que yo estoy *casao* y bien *casao*.

Tras explicarle el viejo su búsqueda de un ayudante para su investigación, el chico le dice que mientras que fuese en sus días y horas libres no habría problema en ayudarlo. - Trabajo en el metro de Infantes, de lunes a sábado, todas las mañanas. Por las tardes, estoy en esta tienda, menos los domingos. - ¿Los domingos descansas? -Casi. Echo un ratillo por la mañana aquí, para que no se me olvide. La tarde me la deja mi mujer para mis placeres. - ¿Y qué haces? -limpio mi casa de arriba a abajo. El resto del tiempo es todo suyo. -Dame un par de bolsas de esas de burundanga. -Y se marchó sin decir nada más.

Entra en su casa. Al poco llaman a la puerta. Es Isabelina, la mujer que le lleva la cena del comedor social del pueblo. - ¿Sabe Don Agapito? A mi hijo no le gusta estudiar ni hacer deporte así que quiere hacerse guardia. Me preguntaba si le puede ayudar a entrar, usted que ha sido todo en la *Benetérta*. -Ascendí a Guardia 1º nada menos. Llegué a tener consideración de suboficial y en mi ficha personal tengo una felicitación del Gobernador Civil de la provincia por ayudarlo a cambiar una rueda a un primo segundo de su mujer, que pinchó en la Laguna Blanca cuando estaba furtiveando cangrejos. - ¡Pues entonces, usted merece que se le trate, desde ya, de Vuestra Excelencia! Un poco de peloteo no le venía mal al hombre, pensó la mujer. A Don Agapito se le hinchó como los pavos el poco pecho que le quedaba. -Dile a tu hijo que venga a verme a primera hora y veré lo que puedo hacer por él. Mañana mismo iré a comprar sellos y sobres para mandar una carta al Gobierno Civil. Seguro que en dos o tres semanas recibo respuesta urgente del Gobernador. Esas gentes con cargos tan altos nunca se jubilan. Ya se sabe que al que toca pelo no le gusta quedarse calvo. Así que la mujer se fue a su casa más feliz que un cura en el bingo con el dinero del cepillo de los domingos.

El mozo en cuestión, se llamaba Sanchís. Se había criado solo con su madre. De su padre nunca supo. Por casualidades de la vida, salió clavado al vecino, el bibliotecario del pueblo, que obviamente no podía ser su padre porque el hombre estaba felizmente casado. Era tal el parecido entre los dos, que el bibliotecario le daba al chaval un buen aguinaldo todas las navidades, porque sí.

Nada más entrar por la puerta, Isabelina le cuenta a su hijo la entrevista con Don Agapito. Le avisa del tratamiento que debe otorgarle cuando se dirija a él, -le dices Vuestra Excelencia, que al hombre se le revuelven los egos cuando lo escucha. -No se preocupe madre que no se me olvida.

A causa de la noticia recibida, el muchacho apenas puede dormir diez horas seguidas. Decide madrugar y se levanta a las once. -El esfuerzo de hoy será recompensado mañana, - se arenga así mismo. Mientras se dirige en moto a casa de su filántropo, el muchacho se hace profundas preguntas: - ¿Cuánto me pagarán? ¿Tendré que ir a una Academia a aprender o me enseñarán a disparar en San Isidro? Como tengo fobia a los perros, ¿podré tener un gato policía?

Con esos profundos pensamientos llega a la casa de Don Agapito. El hombre le abre la puerta, vestido con el uniforme del Benemérito Cuerpo.

- ¡Señor, sí señor! -Es lo único que se le ocurre decir al chico, impresionado por la estampa que tiene ante él. Lo de *señor sí señor* lo había aprendido viendo la *Chaqueta Metálica*. El guardia civil, sorprendido por la belicosidad del muchacho, le espeta: -Veo que ya vienes curtido con los modales castrenses, estoy gratamente impresionado. -El chico eso de *castrense* lo toma por el camino equivocado. -Sí señor, me encanta Fidel Castro. ¡Viva Cuba! ¡Viva la Revolución! - Grita el joven. - ¡Calla cojones, que en esta casa somos de derechas! -Usted perdone *vuestra excrecencia*.

Don Agapito, algo aturdido por la idiotez del muchacho, sabe que no tiene tiempo para seguir buscando a una pareja de baile mejor, así que decide fichar al chico. -Si me haces caso en todo lo que te ordene, te aseguro que conseguiré que acabes vistiendo este uniforme. Y que sepas que nunca he roto una promesa, muchacho.

Escuchar ese compromiso de todo un señor guardia civil, con el poder que tenía ese hombre, era algo que valía casi más que la oposición a notario. Se la llegó a preparar un año entero, hasta que le dijeron que no le bastaba con tener la Primaria acabada. Sus ojos resplandecieron con la humedad que generaron las minúsculas lágrimas que le brotaban por la alegría de pensar que iba a poder disparar a alguien, sin que le metiesen en prisión por ello.

-Venga chico, coge el coche que nos vamos a ir a hacer una inspección ocular fuera del pueblo. -Y es que el investigador sabía que la Virgen ya no estaba en Villahermosa. Era imposible que ningún calducho, de cuna o adopción, la hubiese robado, pues muy grande era el amor que sentían por su Morenilla y mayor era incluso el respeto que la profesaban.

Así que, el guardia civil tenía claro quien podía haber robado la venerada imagen. Hace años, siglos incluso, había un pueblo que consideraba que la Virgen calducha debía ser suya porque el Santuario de la Carrasca estaba más cerca de sus lindes que de Villahermosa. Las rencillas y envidias venían también porque los ingenuos decían que, en su pueblo, se bebía más cerveza que en Villahermosa. Su nombre era Carrizosa.

- ¡Pero Don Agapito, no tengo coche! ¡Y tampoco carné! - ¡Si te he visto conduciendo por el pueblo en muchas ocasiones! -Sí señor. También me habrá visto comiéndome un bocadillo por la calle y no soy manipulador de alimentos. - ¿Pero tu madre te dejaba conducir sin carné? -Mi madre, vuestra excrecencia, solo ve en mí las bondades. Si yo atropellase a un hombre, aun sin carné y con una caja de tercios en el estómago. ella diría que la culpa fue del accidentado por cruzar la calle sin mirar.

Don Agapito no hacía más que asentir ante tales verdades como puños.

-Pero tengo un vespino que me regaló mi vecino el bibliotecario. Eso sí, habrá que ir por caminos de tierra porque no tengo seguro. Me lo ha echado para atrás la aseguradora del pueblo porque dice que no lo he pagado el último año. ¡Y le juro por mi madre que eso es mentira, no le he pagado desde que tengo la moto! Y voy ya para tres años con ella. -Bueno, pues vayamos a Carrizosa entonces. -dice decidido Don Agapito. - ¡Pero jefe, si casi no tengo combustible para llegar a mi casa y no tengo ni un duro para repostar!

Eso le hizo comprender a Don Agapito que faltaba un patrocinador para la misión. Tras la negativa del alcalde de sufragarle los gastos con el dinero de las arcas municipales, tenía que intentarlo por otras vías menos legales, pues sabía que el Ayuntamiento tenía más dinero guardado que el Rey emérito en paraísos fiscales.

Debía mantener una reunión clandestina y secreta con aquellas personas que manejaban los hilos del pueblo a su antojo desde las sombras. El furtivo encuentro se hizo en el largo banco de piedra que había debajo de la torre de la iglesia. En ese rincón estarían a resguardo de los marujos y marujas del pueblo, -que había más que palomas en la plaza. El guardia civil y su ayudante habían llegado al punto de reunión cinco minutos antes de la hora prevista para hacer labores de contravigilancia. Entonces aparecieron las dos. Una era la hija pequeña del señor alcalde y la otra, su inseparable amiga, familia directa de los dueños de una gran multinacional del mueble afincada en el pueblo en la que trabajaban no menos de seis personas.

La hija del regidor, tras escuchar las peticiones de Don Agapito, le dice que es imposible la ayuda que pide, que el ayuntamiento estaba metido en un asunto turbio e impenable: estaba pagando a unos sicarios de Murcia para hacer la vida imposible a los *Andy y Lucas*. Le contó que los murcianos, -que como todo el mundo sabe, junto a los gitanos, son gente de mal vivir-, ya habían empezado la faena con uno de los cantantes. Cuando se enteraron por la prensa que Andy ¿o era Lucas? bueno, cuando se enteraron que el gordo de los *Andy y Lucas* se iba a operar la nariz, se hicieron pasar por cirujanos plásticos y le pusieron al cantante el hocico de un cerdo. Cuando despertó de la anestesia, le habían dejado una nota: ESPERAMOS QUE TE GUSTE LA NARIZ NUEVA. “OINC, OINC. OINC”. Estaba firmada anónimamente por “*El Pueblo que no perdona*” e iba con el sello del Ayuntamiento de Villahermosa.

La otra cría le prometió el patrocinio de Muebles Cocido. Lo hizo, con la condición de que pusiera el logo de la empresa en la capa de su uniforme, bien visible, para así publicitarla por toda la comarca. Don Agapito aceptó las condiciones y tuvo que acompañar a la niña a los talleres de la tienda para que su tío le cosiese al guardia en la capa la publicidad de la empresa. A cambio, el hombre recibió cincuenta euros en metálico y un vale descuento del 5% para compras superiores a quinientos mil euros.

El veterano agente sabía que debía elevar al órgano judicial competente el inicio de las actuaciones que se proponía realizar así que fue junto con su compañero en la moto a Villanueva de los Infantes. Hacía años que el hombre no pisaba el lugar. Se da cuenta que, el antaño pueblo, se había convertido en una gran ciudad. Tenía de todo y para todo. Existía incluso un chino, no un ciudadano, sino una tienda. ¡Hasta policía municipal! Su convenio decía que debían trabajar doce horas al año, así que únicamente salían de servicio los Miércoles Santos. Pero merecía la pena pagarles la nómina, porque quedaban muy bien con los guantes blancos escoltando al alcalde de la villa en la procesión.

Pasaron por la puerta de la Iglesia de San Andrés. -Mira Sanchís, aquí está enterrado el gran Quevedo. -No me gusta el reguetón, - respondió el chico.

Los juzgados estaban junto a la iglesia. -Espera aquí, -le ordena el jefe de pareja. Accede por la puerta, nadie le dice nada. -Será porque no hay nadie-, piensa el avisado agente. Sube las escaleras y abre la primera puerta que se encuentra.

-Señoría, vengo a pedirle permiso para iniciar una...- Pero ¿qué dice chalao? -Le corta una mujer. - ¡Soy la limpiadora! -Usted perdona señora, pero al verla con el mazo de juez

en la mano he pensado que era la susodicha. - ¡Qué mazo ni mazo! Esto es la escobilla del retrete del señor Juez. -Lo siento, me ha confundido el color marrón. -No, si es blanca, pero es que Su Señoría anda algo floja del ojal desde que se ha enterado que se ha empadronado en Infantes la esposa del Presidente del Gobierno.

Don Agapito sale avergonzado del baño. Su vista ya se hace vieja como el dueño. En la siguiente puerta prefiere llamar antes. *Toc toc*. Abre despacio. - ¿Se puede? -Adelante, -responde una voz de hombre. Esta vez sí que es el señor Juez. Su señoría, al ver la indumentaria paramilitar de Don Agapito, toca el timbre del pánico que tiene escondido debajo de la mesa y que comunica con el dueño de la administración de loterías que hay en la plaza. Y es que hace unos años, le pidieron el favor al lotero de estar atento al timbrado y que, si sonaba, saliese corriendo con un garrote -donado por el chino antes referido- para auxiliar al Juez. Eso sí, el hombre podía librarse de ese quehacer todos los miércoles santos porque ese día entraba la policía de servicio.

El lotero entró con el garrote por delante tanteando el espacio, como si fuere un pobre ciego. - ¡Agapito! ¿Qué haces por aquí? -Ambos se conocen, ya que, teniendo el infanteño doce años, el guardia le detuvo porque el niño se dedicaba a vender cigalas capturadas ilegalmente en las costas de Ciudad Real a los restaurantes de la zona. Le pillaron la mentira cuando vieron que realmente lo que vendía era cangrejo de las Lagunas de Ruidera, sin llegar a percatarse nadie de que la provincia no tenía costa.

Informada Su Señoría de la buena cuna de la que provenía Don Agapito y advertirle el lotero, sin que el abuelo se diera cuenta, que el hombre no estaba ya muy bien de la cabeza, el Guardia Civil se marchó de los Juzgados con el beneplácito del Juez para el inicio de las investigaciones pertinentes.

Llegan a Carrizosa. - ¿Ves Sanchís? Aquí la gente no deja de mirarnos. Están nerviosos. ¡Mira, esos salen corriendo al vernos! Creo que hemos dado con la madriguera de los ladrones, amigo mío.

La gente que se queda mirando a tan singular pareja, no es por otra cosa sino por las pintas que lleva el viejo calducho. No sabían si el arma que llevaba enfundada todavía podía hacer algún agujero que otro. Tal fue el miedo causado, que un ciudadano anónimo llamado Antonio Fuentes Martínez, fue corriendo al cuartel de la Guardia Civil a denunciar los hechos que estaban acaeciendo en ese momento. El cuartel se encontraba cerrado. Un letrero en la puerta informaba del horario de atención al público: ABIERTO TODOS LOS LUNES Y VIERNES DE LOS MESES QUE NO LLEVAN R. Un poco más abajo informaba de la hora: De 10:00 a 10:30 horas. Entre paréntesis se advertía que podían estar almorzando esa media hora, que volverían en un momento.

Los que se veían corriendo por las calles, huyendo de la singular pareja, lo hacían porque pensaban que, Don Agapito y el chico, eran una de esas empresas del *Cobrador del Frac* que había pagado Muebles Cocido para cobrar las deudas a los morosos que debían el pago de los enseres que compraron a plazos.

Don Agapito entra decidido a la Iglesia de Santa Catalina. Abre las puertas, pistola en mano, como si de un asalto policial se tratase. Los quiere pillar con la Virgen de la Carrasca secuestrada entre sus muros centenarios. Pero lo que está ocurriendo en el

recinto sagrado es un entierro de cuerpo presente de un paisano viejo que ha dejado el mundo cuando le tocaba. - ¡Quieto todo el mundo! -Grita el guardia civil apuntando al techo con su arma reglamentaria. - ¡Dios Santo es un golpe de Estado! -grita alguien. Unos pocos, los más rojos, se tiran al suelo mientras susurran entre ellos: - ¡Esto no pasa en la mezquita!

- ¡Busco a la Virgen! -grita decidido Don Agapito. -Pues ha llegado, hijo mío, al lugar indicado, la casa de Dios, de Jesucristo y de la Virgen María. - ¡Ajá! ¿Entonces confiesa, padre? -Todos los domingos hijo mío.

Sanchís, que no ve delito alguno en ninguna parte, sale al quite de su mentor: -Perdonen ustedes y sigan con la boda. La confusión de ceremonia del muchacho vino porque vio en la fila de delante a un hombre vestido con traje y corbata llorando desconsoladamente. El chico pensó que era un novio esperando la entrada nupcial de la novia. El pobre realmente era el hijo único del fallecido.

Descorrieron el camino para volver a Villahermosa. Era ya tarde. El muchacho había conseguido poner el andador en una pequeña cesta en la parte de atrás del vehículo. Como la vespino no tenía intermitentes, el chico le dijo a Don Agapito que usase los del andador para señalar un giro a la izquierda algo peligroso que tenían que acometer en un pequeño tramo de carretera que debían tomar. En esas que, detrás de ellos, pasaba un cicloturista y al ver que la moto de delante señalizaba a la derecha, pues se fue a la izquierda y para evitar el golpe con la moto, dio un giro rápido acabando en la cuneta, con todas las rodillas en carne viva -como se les quedan a los quintos cuando meten a la Virgen en la iglesia en la Traída-. Era Pedrito, el mecánico que le puso mal, a conciencia, la instalación en el andador a Don Agapito en su día. Y es que ya se sabe que, el que escupe al cielo... Ni Don Agapito ni Sanchís se percataron del accidente que provocaron y siguieron su camino conversando alegremente: - Me gusta el casco que llevas, Sanchís. - ¿Le gusta? ¿Me alegro? No le cuento la historia de cómo lo conseguí porque es muy larga y estamos llegando ya. -Pues empieza a contarla muchacho, que tiempo habrá de acabarla en otros caminos que nos quedan en los días venideros. - Muy bien, escuche atentamente y no pierda detalle: me tocó en una rifa.

Por fin llegan a su pueblo. El chico deja al jefe de pareja delante de la puerta de su casa. La capa había dejado su color verde por uno marrón de todo el polvo que había acumulado por el camino. Pesaba por ello varios kilos más de la cuenta, lo que hacía que el viejo pareciese un penitente, encorvado y con la cabeza gacha mirando al suelo. - ¿Se le ha caído algo a *vuestra excrecencia*? ¿le ayudo a buscarlo? - Buenas noches chico -respondió Don Agapito sin ganas ya de batallar más ese día. - Te espero a las nueve de la mañana con la fresca.

Llaman a la puerta a las nueve y once en punto. Es el chaval. Va acompañado de una joven del pueblo. - Aquí le presento a Matilde, la más fresca que se puede encontrar en el pueblo. -La chica agacha la cabeza mirando al viejo de reojo con una media sonrisa. -A mandar Don Agapito, que me ha dicho el Sanchís que lo que usted diga se hace y punto. El hombre aprovechó y la mandó arriba a hacerle la cama, aunque ella era más de deshacerlas.

El investigador se da cuenta de que debe cambiar su aspecto para poder seguir indagando en Carrizosa. Decide ir entonces a la peluquería de la plaza. La dueña, segura de la equivocación de puerta de su vecino, le espeta con cariño desmesurado: - ¡Abuelo, arreando que el local de los jubilados está en la otra esquina! -Ya lo sé mujer, pero no me he confundido, quiero que me haga un cambio de imagen. -Don Agapito baja la voz y le susurra a la peluquera al oído: -estoy investigando el robo de la Virgen y me tengo que infiltrar en los suburbios de Carrizosa. -Pues mire que, si es por la Morenilla y por dar por saco a esos abstemios carrizoseños, se lo hago gratis. El pelo digo, no se confunda.

La mujer, profesional contrastada tras más de tres semanas ejerciendo el oficio, -el de peluquera concretamente-, piensa que tiene ante ella la posibilidad de labrarse un lugar prominente en las peluquerías de la comarca y decide que tiene ante sí el lienzo que la catapultará mundialmente hasta abrir un local en Infantes. Así que, cual Pablo Picasso, comienza su obra maestra. Varias horas está dándole a las tijeras y a aplicar coloridos potingues en la cabeza de Don Agapito. El hombre se deja hacer. -Bendito abuelo, que paciencia tiene -piensa la peluquera. En verdad lleva dormido desde que se sentó en la silla.

Despierta algo confundido. Han pasado dos horas de trabajo frenético. Frente a él, ve a una mujer entrada en años, pero con rasgos muy femeninos. - ¿Quién será esta bella señora? ¿me queda burundanga en casa? -elucubra Don Agapito. -Buenos días. - le dice a la damisela. No recibe respuesta de la mujer. Guapa pero maleducada, pensó el hombre. Casi le da un patatús cuando se percata de que, lo que está viendo, es su reflejo en el espejo y que la señora por la que se le ha removido alguna cosa que pensaba muerta, era él mismo.

Y es que, la peluquera, le ha teñido el pelo de color rosa chicle con sinuosos reflejos blancos. Daban ganas de chuparle la cabeza, cual nube de azúcar. En un lateral, en plan moderno, le había esculpido el escudo de la Guardia Civil. La espada le había quedado algo torcida y parecía más una cimitarra mora. Pero en general le gustó bastante su aspecto.

Regresan a Carrizosa. La gente los ve llegar. Ya nadie les presta atención. Ayer fueron la novedad, pero hoy el pueblo se ha levantado con la noticia de que en la mercería hay una oferta de bragas a un euro y están todos revueltos.

Los dos investigadores entran en la iglesia con todo el sigilo posible. Lo intentan hacer por la puerta principal, pero está cerrada. Dan la vuelta al edificio y acceden por una pequeña entrada que ven abierta. Escuchan voces en la sacristía. Abren la puerta. Ven al cura en paños menores. - ¡Padre, dígame ahora mismo donde está la Virgen! - En ese instante preciso, sale una chica, también en ropa interior, del baño contiguo. - ¡A mí no me mire! -exclama la moza. Don Agapito y Sanchís miran incrédulos al sacerdote. El hombre comienza a balbucear: -No es lo que parece, la chica es modelo y se está probando el manto nuevo de la Virgen. - ¿De la Virgen de la Carrasca? -pregunta el viejo. -No hombre, de la de aquí, - ¿y esa cuál es? -la del Salido, - ¿la suya? -no hombre, de todo el pueblo.

Y es que el nombre de la Virgen, visto lo visto, confundió a Don Agapito.

Tras interrogar al cura y a la modelo un buen rato, el guardia civil se da cuenta que ahí no saben nada del robo de la Morenilla, así que vuelven al pueblo. El hombre está triste. El pobre Sanchís intentaba consolarle como podía: -Venga Don Agapito, que seguro que aparece en cualquier momento como ya lo hizo con Juan Cortés hace años. ¡Si mi madre ya me lo dice muchas veces, que hoy en día es muy difícil encontrar vírgenes!

Don Agapito llega a casa, se siente perdido. Descartado Carrizosa, no tiene más líneas de investigación de las que tirar. No va a poder morir en paz. Se mira en el espejo del rellano. Por primera vez se da cuenta de la pinta que calza, hay unos segundos de lucidez en su cabeza. Se desviste y se echa a la cama, resignado, con la sensación de no haber cumplido con su deber.

Es medio día. La madre de Sanchís llama a la puerta. No responde nadie, da igual, ella tiene llaves de todos los abuelos a los que lleva la comida – por si acaso- le dijeron los de asuntos sociales del ayuntamiento. Quiere hablar con él para recordarle el compromiso que adquirió para con su retoño, - ¿Don Agapito? ¿Don Agapito está usted bien?

Lo encuentra recostado en su cama, con una foto de su mujer a su lado. En una silla está, en perfecto estado de revista, descansa el uniforme de guarda civil que Don Agapito ha estado llevando los últimos días. En un bolsillo de la guerrera sobresale un papel doblado.

Es domingo. Si un abuelo muere ese día, tiene asegurado en la iglesia el aforo completo. Se abre la puerta lateral. Una niña entra sollozando. Es la nieta de Don Agapito, la más pequeña que tiene. En sus brazos lleva, lo que parece, una muñeca tapada con una manta. La cría anda despacio, no le avergüenza que los feligreses la observen. Llega a la altura del ataúd de su abuelo, quita la manta a la muñeca. Pero lo que saca es una figura conocida y reconocida por todos. ¡Es la Virgen de la Carrasca!

- ¡Milagro! -grita alguna. - ¡Gracias Dios mío! -alaban otros. El cura, anonadado por lo que está presenciando, le pregunta a la niña: -Pero hija mía, ¿dónde estaba la Virgen? -La robé yo, padre.

Caras horrorizadas, semblantes serios, cruces de miradas entre paisanos. Nadie podía esperar que una niña, hija del pueblo, pudiese robar a su Patrona.

- ¿Y por qué lo has hecho, hija mía? -La pequeña comienza a lloriquear, su madre se acerca corriendo a abrazar a su retoña. Desde que entró por la puerta la cría, su progenitora ya le había perdonado cualquier delito.

-Es que el abuelito nos hizo prometer a la familia que le enterraríamos con la Virgen presente. Él nunca ha faltado a una promesa y pensé que si desaparecía la Carrasca él no podría morir nunca. ¡Y yo no quería que el abuelito muriese! -Su madre, la abraza fuerte, orgullosa de la acción de su hija.

Continúa la misa. La niña comienza, sin motivo aparente, a reír. Sus ojos se llenan de lágrimas de alegría, sazonadas con ternura. La cría está mirando fijamente al altar. - ¡Ésta ha salido loca como su abuelo! -murmura alguno. Al acabar la misa, su madre le pregunta: - ¿De qué te reías hija? -Es que he visto al abuelito. Estaba sentado en el altar, saludándome sin parar y mandándome besos. ¿Sabes una cosa mami? Se le veía muy

feliz. -La madre la mira y se echa a llorar. Sabe que lo que le ha dicho su hija, es mentira, pero ¡cómo le gustaría creerla! Acababa de perder a su padre y habría dado cualquier cosa por tener un día más con él, para poder decirle todo lo que no le dijo jamás. Pero, en ese momento, sintió que había tenido cuarenta años para hacerlo... Y los desperdició todos ellos.

Salen de la iglesia a esperar al difunto. Mientras, en los bares de la plaza, la vida sigue para la mayoría de la gente, sabedores todos, o casi todos, que algún día, le tocará a ellos ser el triste protagonista del día. -Hay entierro, -dice uno. -Sí, se ha muerto el viejo ese que iba con el andador, -comenta otro. - ¡Calla! ¡Se llamaba Don Agapito! -Le responde alguien con voz decidida y mirada retadora. Y continúa diciendo: - ¡Te queda poca vida ya para hacer la mitad de las grandes cosas que hizo ese hombre, así que, ten respeto por tus mayores, porque tú pedirás ese mismo respeto cuando lo seas!

Esas palabras, salieron de un muchacho con los ojos algo turbios a causa del alcohol y la emoción. El chico estaba solo, apoyado en una mesa alta de la terraza del bar de enfrente de la iglesia. Llevaba puesto el viejo uniforme de guardia civil que Don Agapito le había dejado, como última voluntad, en una nota manuscrita que había depositado en un bolsillo de la guerrera. El chico volvió a abrir el trozo de papel y lo leyó otra vez. *Te prometí que vestirías este uniforme y no quiero irme de este mundo incumpliendo dos promesas.* A su lado, tenía aparcado el vespino. Detrás de la moto, todavía llevaba el andador. Ya no lo quitaría nunca. Entonces, antes de irse del bar, levantó un tercio de cerveza que tenía entero y brindó por Don Agapito. Se lo bebió de un trago. Tardó diez segundos.

DEDICADO A TODAS LAS PERSONAS QUE INTENTAN MORIR SIN TENER PROMESAS INCUMPLIDAS.